con lo dicho, se sentó a la puerta, como que estaba haciendo cuerpo de guardia a su señor; y Nezahualcoyotl, rompiendo el cañizo, se salió de la sala, volviendo a juntar las cañas (porque no se entendiese, que por allí se había salido), se fue.

Maxtla, que se había negado, hizo llamar luego cuatro hombres esforzados y valientes, mientras su mujer estaba entreteniendo a Nezahualcoyotl; y les mandó que entrando en la sala donde estaba, le matasen. Y queriendo los capitanes ponerlo en ejecución, vinieron donde creían estar Nezahualcoyotl, y entrando dentro no lo hallaron; preguntaron por él a su capitán y les dijo cómo había salido fuera a cierta necesidad que se le había ofrecido; dijéronle que lo llamase, que quería verlo el rey y el capitán salió, como que iba a llamarlo y se fue tras su señor, dejando burlados a Maxtla y a sus capitanes. Vínose Nezahualcoyotl a Tlatelulco a casa de Chichincatl, grande amigo suyo, para pasar a Tetzcuco por agua, porque le pareció que por tierra era muy fácil cogerle; y mudando traje pidióle canoa, la cual le dio secretamente y remeros fuertes que en breves horas lo pasasen de esotra parte de la laguna; lo cual hicieron muy sin peligro ni riesgo de sus personas, y de esta manera se libró Nezahualcoyotl de esta traición ordenada por Maxtla.

CAPÍTULO XXX. *Del segundo rey de Tlatelulco, llamado Tlacateotl y de la muerte de su antecesor, Quaquauhpitzahuac*

A HEMOS DICHO QUE UN AÑO DESPUÉS que eligieron los mexicanos a Acamapichtli, por su primero rey, fueron los tlatelulcas a Azcaputzalco y pidieron a Tezozomoctli uno de sus hijos para su rey y señor, lo cual Tezozomoc les concedió, y les dio a Quaquahpitzahuac por rey de su ciudad, el cual la rigió quieta y pacíficamente treinta y cinco años. Al cabo de los cuales murió, habiendo hecho muchos y muy sumptuosos edificios, ensanchando esta parte de su ciudad todo lo más que pudo, cegando las aguas, haciendo acequias y otras huertas y jardines, con que en grande manera la hermoseó. Muerto pues este pacífico rey, quedaron los tlatelulcas cuidadosos de poner en su lugar otro que le sucediese; el cual fue Tlacateotl, que pusieron en la silla y trono del difunto, su antecesor. Aquí hay varios pareceres acerca de dónde vino este segundo rey; porque unos dicen que estos reyes, que hubo en este Tlatelulco, fueron todos azcaputzalcas. Otros dicen que muerto el rey Quaquauhpitzahuac fueron los tlatelulcas a Tetzcuco a pedir a los aculhuaques rey; y que les dieron a este dicho Tlahcateotl; pero séase lo uno o lo otro, la verdad es que este segundo rey se llamó Tlahcateotl y rigió esta ciudad y república treinta y siete años, contando el mismo en que fue muerto Quaquauhpitzahuac y este en que fue nombrado por rey, hasta el último en que murió; en el cual fue nombrado otro y fue elegido al deceno año del reinado de Huitzilihuitl y

vivió todo el tiempo que reinaron en Mexico Chimalpopoca y Itzcohuatl y diez años más del señorío y gobierno de Huehuemotecuhzuma, llamado por otro nombre Ilhuicamina.

No se dice de este rey cosa particular niguna, o porque la historia de sus hechos se ha perdido o por que no hubo qué decir de él; sólo se cuenta que después de haber reinado el tiempo dicho murió, cuya muerte dicen algunos haber sido a traición, yéndose hacia Tetzcuco a favorecer del rey Nezahualcoyotl, que ya entonces lo era muy poderoso (como después veremos), al cual alcanzaron los señores sus contrarios y enemigos que supieron su huida y lo mataron en el pueblo de Atzumpan, que es la parte donde lo alcanzaron; y para mayor afrenta suya lo ahorcaron y después quemaron su cuerpo. Otra historia cuenta su muerte de diferente manera, diciendo: que encontrados los mexicanos y tlatelulcas, por las diferencias que de ordinario entre sí tuvieron, llegaron a términos de quererse asolar los unos a los otros; pero como en esta sazón ya los mexicanos eran señores de mucha parte de esta tierra, debajo del señorío y gobierno del primer Metecuhzuma Ilhuicamina, eran más poderosos que estos tlatelulcas, por el mayor gentío que a su obediencia tenían. Por esto quisieron de secreto y escondidamente dar sobre ellos y acabarlos, de lo cual el rey Tlahcateotl estaba muy ignorante. Tenía este rey en su casa un perro, y revestido del demonio (o el mismo demonio que tomó figura suya), dicen que le habló una noche, y le dijo: haz buen corazón (oh rey) a las cosas de fortuna y ten por cierto que de aquí a quince días has de morir, y yo contigo. Espantado el rey de oír hablar su perro y de las nuevas tan rigurosas que le daba de su fin y acabamiento en tan breves días, preguntóle la causa. A lo cual el perro respondió: que era porque los mexicanos aborrecían el nombre de Tlatelulco y que si él moría sólo cesaría la pasión que los enemigos tenían contra todo el pueblo; a lo cual el rey Tlahcateotl, con grande ánimo y esfuerzo, respondió: que nunca sus dioses permitiesen que tal ruina por su pueblo viniese, ni que se dijese que en su tiempo había sucedido tal cosa, por no querer él poner a riesgo su vida y que quería ser el primero que muriese y ofrecerse al peligro, porque su pueblo no pereciese.

Concertando pues los dos el modo que había de haber en el caso, dejó el rey cumplir los quince días; y pasados salió de su palacio muy secretamente, pasadas algunas horas de la noche y llevóse consigo su perro y llegando al del rey Ilhuicamina, dijo a las guardas, que estaban a las puertas de las casas reales, que diesen aviso al rey Motehzumatzin de su venida; la cual sabida por el rey mandólo aposentar en una sala como acostumbraban recibir a los señores; y a muy breve rato de la estada del rey Tlahcateotl en la sala, le envió Motecuhzuma una rodela y una flecha, que es la señal que ellos tenían de sus desafíos. Admitióla el rey y acetó el desafío que se le hacía; lo cual sabido por Motecuhzuma, y pareciéndole que era mucho atrevimiento de Tlahcateotl en admitir su desafío por ser rey tan poderoso, envióle muy enojado cuatro capitanes para que los matasen; a los cuales acometió el perro y derribándolos en el suelo daba lugar a que el rey Tlahcateotl los matase. Fue oído el ruido en palacio y llegando gente

a saber el caso, vieron lo que pasaba y fueron con estas nuevas al rey Motecuhzuma y enviando otras gentes de nuevo para que ejecutasen su propósito y matasen a Tlahcatetotl le sucedió lo que a los demás; y viendo su valentía y la ferocidad del perro, y que no bastaban fuerzas humanas contra los dos, admirados y espantados de lo que veían, determinaron de tapiar las puertas de la sala y destecháronla por lo alto y tirándoles muchas flechas murieron amo y perro, con esta astucia, aunque vendiendo primero muy bien sus vidas, quitándolas a muchos de los enemigos que les acometieron; y murió Tlahcateotl muy alegre y contento sabiendo que por este modo dejaba libre su ciudad.

Si esta muerte y caso pasó como tengo dicho, no sé por cierto qué más hizo el rey Codro en defensa de sus atenienses, que estando confrontado él y su ejército contra los megarenses y sabiendo por respuesta del oráculo de Apolo que el ejército y campo del rey, que en la batalla muriese, había de vencer y cantar victoria de su enemigo; él como valeroso capitán y hombre esforzado no estimando la vida por dejar gloriosa su fama, se disfrazó para no ser conocido y en traje de humilde soldado se metió en lo más riguroso y fuerte de la batalla y se ofreció en ella a la muerte por dejar a su pueblo en los brazos de la vida, llevando esta inmortal gloria de haber muerto él solo, por dar vida a muchos que le seguían. Esto mismo me parece que puede cantar la fama de este valeroso rey Tlahcateotl, pues quiso morir él porque su pueblo viviese.

CAPÍTULO XXXI. *De cómo Maxtla, después que supo la muerte que Chimalpopoca rey de Mexico se había dado en la cárcel, envió gente de secreto que también matase a Nezahualcoyotl de Tetzcuco donde quiera que lo hallasen; y de casos que en orden de esto sucedieron*

ROPIEDAD ES DE UNA MALA CONCIENCIA (en especial si se halla culpada y obligada a la satisfacción y restitución de cosas ajenas) no asegurarse en ninguna ocasión; antes está tan quieta que todas las que se ofrecen, por seguras que sean, la alteran y desasosiegan; lo cual nace no de la duda que en el mismo caso hay, sino del temor de conocer, que no es suyo lo que posee. Por esta causa Maxtla, aunque se veía rey y emperador de casi todas estas naciones de esta Nueva España, como se había introducido en el gobierno por la tiranía de su padre, Tezozomoctli, que tiránica y violentamente había muerto al que lo era propio y natural, por esto no se aseguraba; porque aunque sabía que era señor de los cuerpos de sus vasallos, le parecía también, que no lo era de sus ánimos y voluntades (porque quien por fuerza sujeta la misma fuerza, rinde el cuerpo, pero no la potencia libre del alma).

Con este cuidado andaba Maxtla buscando maneras y modos de cómo